

prision y el derribo de la capilla de Belen; puso la capital en entredicho y condenó a todos los adeptos de Huss que dentro de treinta días no abandonaran sus creencias heréticas a las mismas penas que a su maestro.

Esto produjo efecto. Muchos partidarios de Huss le abandonaron y algunos se alzaron contra él; el rey mismo vaciló, é indicó a Huss la conveniencia de alejarse de la capital por algun tiempo; Huss obedeció, no sin apelar antes a un concilio general, y a Cristo como juez supremo. El rey entretanto continuó trabajando para un arreglo, primero reuniendo un sínodo, al cual ambas partes presentaron sus opiniones y reclamaciones por escrito en exposiciones muy detalladas, y nombrando despues una comision mediadora de hombres de su confianza; pero todo fué en vano. El rey culpó de este fracaso a los representantes de la Iglesia católica ortodoxa; los desterró, y cambió el consejo municipal haciendo entrar en él partidarios de la doctrina de Wicliffe para que tuvieran mayoría en tan importante corporacion. Entretanto Huss en su retiro campestre compuso su tratado: «La Iglesia,» (*De ecclesia*), que es casi una copia literal de la obra del mismo título de Wicliffe, y continuó predicando ante grandísima afluencia de gente, que acudia de todos lados para oír sus sermones.

La agitacion, limitada al principio a la Bohemia, llegó despues á tener la importancia de cuestion eclesiástica internacional. La apelacion de Huss á un concilio general respondia á un deseo, general tambien, apoyado además por motivos políticos. El imperio aleman estaba otra vez unido, teniendo un rey único á su cabeza. El rey Segismundo se habia arreglado con Wenceslao; el competidor Jost de Moravia, llamado «el gran embustero,» habia muerto, y los adversarios de Segismundo estaban dispuestos á dar sus votos á éste; Wenceslao, que heredó de Jost la Moravia y la Lusacia, mientras el Brandeburgo tocó á Segismundo, se hizo confirmar las concesiones que le habia hecho Jost; el codicioso arzobispo de Maguncia se dejó ganar por Segismundo con dádivas pecuniarias, y al fin éste fué reelegido rey de Alemania, en el mes de julio de 1411, por cinco príncipes electores. Por lo pronto poco ganó con esto, porque la guerra entre Hungría y Venecia continuó, y la catástrofe de la orden teutónica cerca de Tannenberg llamó la atencion de Segismundo al Nordeste. A los venecianos concedió un armisticio ventajoso, pero cuando en otoño de 1411 quiso el nuevo rey cumplir con la obligacion contraida en su eleccion de quitar el territorio de Milan á los Visconti, no consiguió mas resultado de esta campaña que recabar de Juan XXIII la convocacion del concilio hacia tanto tiempo prometido.

Concediendo que Juan XXIII no fué tan malo como le pintó la fama, quedan todavía motivos bastantes para juzgar que su elevacion á la silla de San Pedro fué un suceso funesto para la Iglesia. No era, en efecto, Juan XXIII el hombre que se necesitaba para realizar la reforma radical eclesiástica. Para aparentar que cumplía con la obligacion de reformar la Iglesia, que le habia sido impuesta por el concilio de Pisa, convocó un sínodo en Roma, al cual concurrieron tan pocas personas que no produjo la impresion que se habia deseado. Con el restablecimiento de la unidad en Alemania empeoró la situacion del Papa; Segismundo, heredero presunto de Bohemia, instó al Papa á convocar el concilio; la guerra contra Ladislao de Nápoles tomó tan mal aspecto que Juan XXIII tuvo que huir de Roma y refugiarse en Florencia, desde donde solicitó el auxilio del rey de Alemania; y éste se lo concedió solo bajo la condicion de convocar el concilio. El Papa se resistió cuanto pudo en la entrevista que tuvo efecto en Lodi; pero el rey, diplomático

diestro, fué inflexible, é insistió no solamente en la convocacion del concilio, sino en que éste se reuniera en una ciudad alemana. El Papa cedió al fin, y desde Lodi mismo publicó en diciembre de 1413 la convocatoria para el 8 de noviembre de 1414, fijando como lugar de reunion la ciudad de Constanza y dando por motivo la supresion del cisma, la realizacion de la prometida reforma y el asunto de los wicliffitas de Bohemia, porque el hereje no era todavía á los ojos del mundo Huss, sino el autor inglés. En efecto, Huss y los bohemios, sus partidarios, ardian en deseos sinceros de lavarse solemnemente de la sospecha de herejía, que consideraban como una afrenta y una mancha en el honor nacional. Huss declaró estar pronto á comparecer en Constanza, y Segismundo le garantizó la seguridad de su persona, la proteccion en el viaje, y sus buenos oficios para que se le oyera en público. Mas no hizo el rey, ni pudo hacer; sobre todo no podia darle un salvo-conduto de regreso en el caso de que no se entendiera con el concilio, su juez.

La pequeña y tranquila ciudad á orillas del lago de su nombre fué súbitamente el objeto en el cual toda la cristiandad fijó su atencion, á pesar de que muchos dudaban que el concilio se verificara; pero paso á paso llegaron encargados de príncipes y prelados á fin de preparar alojamiento para sus amos; las fachadas de las casas fueron ostentando escudos de armas de los que habian alquilado habitaciones ó toda la casa; y el consejo municipal estableció una tarifa para el alquiler de habitaciones, camas, muebles, ajuar, ropas, etc., á fin de evitar abusos. Tambien tomó disposiciones para el abastecimiento de víveres. A mediados de agosto de 1414 llegó el cardenal obispo Jordan de Ostia, canciller de la Iglesia de Roma, con el imponente séquito de 85 personas, y desde entonces se vió que la reunion del concilio estaba asegurada. La afluencia de grandes personajes fué aumentando: el 27 de octubre llegó el papa Juan XXIII, con un séquito de 600 personas, y se alojó en el cercano monasterio de Kreuzlingen; al dia siguiente hizo su entrada solemne en la ciudad, que le recibió con gran ostentacion, y tomó su alojamiento en el palacio episcopal. Estaba visiblemente pensativo, y se cuenta que al ver la ciudad se le escapó esta expresion: «Así se cogen zorras.»

En la nave principal de la catedral trabajaban carpinteros para construir asientos dispuestos en anfiteatro. Llegó el mes de noviembre, y cada dia entraban en Constanza nuevos forasteros; la ciudad y las inmediaciones rebosaban de gente, porque tambien acudió una gran multitud de traficantes, cambistas, mercaderes y otros, atraídos por el afan de hacer sus negocios.

Habian llegado las embajadas de Inglaterra y Escocia, pero todavía faltaba el rey de Alemania. Segismundo hasta el verano de aquel año no habia entrado en el territorio aleman, y entonces le disgustó el frio recibimiento que tuvo, pues varios príncipes del imperio ni siquiera fueron á saludarle personalmente; y á no haber sido por las instancias de Federico VI, el burgrave de Nuremberg, habria dejado á los alemanes su inútil corona real y se hubiera vuelto á Hungría. Poco á poco, sin embargo, mejoróse su situacion; en noviembre fué coronado en Aquisgran con la solemnidad debida, y desde allí por el valle del Rhin se dirigió á Constanza, á donde entretanto continuaban llegando en número siempre creciente miembros del concilio. El 21 de diciembre llegó la diputacion de la universidad de Paris, de la cual formaba parte Juan Charlier de Gerson, el célebre caudillo del partido reformista. Finalmente llegó el rey la noche de Navidad, en compañía de su esposa Bárbara de Cilly y con un séquito brillante. Habian ido en buque des-

de Ueberlingen, y la regia comitiva, despues de haberse calentado en la sala consistorial, asistió á la misa de Navidad, que fué celebrada por el Papa en persona. Alojóse el rey en el convento de Petershausen, porque sus húngaros se desmandaron luego y provocaron riñas en la ciudad; pero tambien promovieron desórden en Petershausen y fué menester que el rey los dejara allí y se alojase con las personas mas

principales de su séquito en la ciudad. Esta entonces era hasta cierto punto la capital de la cristiandad.

Jamás se habian visto reunidos en tan limitado espacio tantos magnates poderosos y tantas autoridades eclesiásticas y laicas. Pondremos aquí un extracto de la lista de forasteros formada, por órden del consejo municipal, por el ciudadano de Constanza, Ulrico de Richental: 5 patriarcas



Grupo de la procesion solemne verificada en Constanza con motivo de haber regalado el Papa la rosa de oro á Segismundo de Alemania. Dibujo de la crónica de Ulrico de Richental.

con 118 personas de séquito; 33 cardenales con 3,056 personas agregadas; 47 arzobispos con 4,700 individuos de comitiva; 145 obispos con 4,700 personas; 93 obispos sin diócesis con 360 personas; mas de 500 príncipes eclesiásticos con un personal de 4,000 individuos; 37 universidades representadas por un total de 2,000 personas; 39 duques; 32 magnates, señores y condes con título de príncipes; 141 condes, 71 barones, mas de 1,500 caballeros, que juntos habian llevado consigo mas de 20,000 escuderos nobles; embajadas de 83 reyes y príncipes; 472 diputados enviados por ciudades libres del imperio y 352 de otras ciudades. El citado ciudadano estima en su relacion en 72,000 el número total de forasteros reunidos en Constanza; número nada sorprendente si se atiende á que muchos príncipes llevaban

séquitos de algunos centenares de personas. En fin, el imperio y la Iglesia estaban representados de una manera realmente imponente y con razon se ha considerado el concilio de Constanza como un parlamento constituyente extraordinario de la cristiandad.

Los primeros debates fueron muy propios para hacer concebir dudas respecto del resultado de esta asamblea única en su clase. El buen éxito solo habria sido posible si el concilio se hubiese declarado independiente desde el primer instante y hubiese procedido en consonancia con esta declaracion; pero no fué así. La apertura fué aplazada repetidas veces, y antes de verificarse recabó Juan XXIII de los doctores presentes un dictámen que prejuzgaba el carácter del concilio, porque decia que antes de tratar de la reforma

radical de la Iglesia debía restablecerse su unidad sobre la base del concilio de Pisa. Con esto quedó reconocido desde luego Juan por papa legítimo, como sucesor de Alejandro V, elegido bajo la protección del citado concilio. El mismo dictamen decía que los otros dos papas deberían renunciar recibiendo una indemnización ó ser destituidos á la fuerza.

No fué tan halagüeña para Juan la marcha posterior de los sucesos. Pronto se hizo patente que desde el concilio de Pisa se había robustecido notablemente el partido de la reforma y que sus representantes no se contentarían esta vez con meras palabras y promesas. Así lo demostró la resolución que tomó el concilio de no contar los votos individuales, procedimiento que había dado siempre la mayoría



Grupo de la procesion solemne verificada en Constanza con motivo de haber regalado el Papa la rosa de oro á Segismundo de Alemania.

Dibujo de la crónica de Ulrico de Richental.

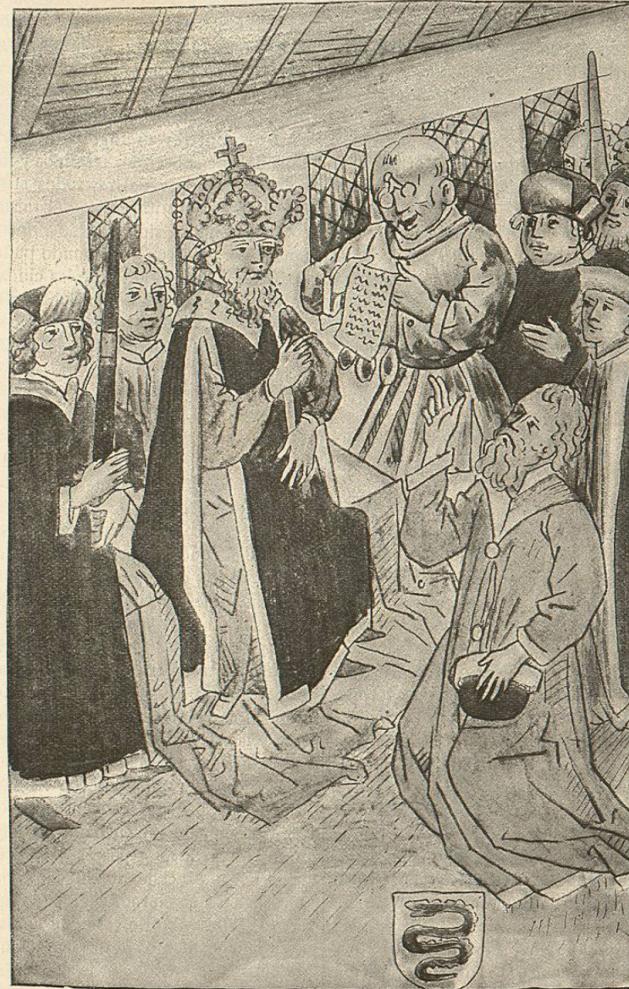
á los italianos, sino por naciones, en cuyo caso formaban mayoría Francia, Inglaterra y Alemania, que estaban á favor de la reforma. Estas tres no se hallaban representadas en el concilio por tantos individuos como la Italia, y votando por naciones, á lo mas podria ponerse al lado de Italia la España, que á la sazón reconocia todavia á Benedicto XIII. Los individuos de cada nacion se consultaban entre sí á manera de corporacion, y si bien tenian en cada una la direccion los prelados y doctores de teología, no dejaron de influir tambien en ciertas ocasiones las opiniones de los magnates laicos, entre ellos el rey Segismundo, que repetidas veces hizo prevalecer con energía su opinion. Así fué que el concilio solo se reunió á grandes intervalos á mane-

ra de congregacion general, en cuyas sesiones, que en su totalidad fueron muy contadas, no hizo mas que proclamar solemnemente lo decidido por la mayoría de las agrupaciones nacionales. De este modo se verificaron las discusiones en los diferentes grupos independientemente del Papa y de los cardenales, y si algo positivo hizo el concilio fué debido á esta organizacion, que quitó á Juan XXIII toda influencia.

Gregorio XII por medio de sus enviados se declaró pronto á someterse á lo que el concilio determinara, siempre que éste no fuera presidido por Juan XXIII, pues el mero hecho de la presidencia incluía su reconocimiento tácito como papa legítimo. Por otra parte fué entregada á las cuatro agrupaciones nacionales, por mano desconocida, una

acusacion contra Juan XXIII que imputaba á este papa crímenes gravísimos y pedia una informacion. Las personas de confianza á quienes se encargó este asunto declararon, convencidas de la veracidad de la acusacion, que debía procederse sumariamente y que por motivos de decoro no convenia tratar el asunto en público; por cuya razon se igno-

ra el contenido del documento. Sin embargo, el mismo Juan XXIII pareció confirmar indirectamente su veracidad porque se declaró súbitamente dispuesto á renunciar á la dignidad papal siempre que hicieran lo mismo los dos otros papas y que se cumplieran ciertas otras condiciones. Esto no bastó á las tres naciones partidarias de la reforma, y



El duque Federico de Austria prestando á Segismundo de Alemania el juramento por él impuesto.

Dibujo de la crónica de Ulrico de Richental.

entonces ofreció Juan XXIII renunciar á la tiara si con este sacrificio se pudiera restablecer la unidad de la Iglesia. Este ofrecimiento fué recibido con aplauso por todos, y ya veía todo el mundo concluido el cisma; pero mientras Segismundo por encargo del concilio entablaba negociaciones con el rey Fernando de Aragon y los demás protectores de Benedicto XIII para recabar la renuncia de éste, volvió Juan XXIII á presentar dificultades, y los italianos dieron á entender que en caso de renunciar los tres papas rivales, volverian á elegir al papa Juan. Tambien se declaró abiertamente por éste el arzobispo Juan de Maguncia; y luego cor-

rió la voz de que Juan XXIII se proponia alejarse de Constanza con el auxilio de su protector principal, el duque Federico de Austria, para anular así el concilio. Segismundo manifestó al Papa las consecuencias que semejante paso tendria; y en las conferencias parciales de las naciones se puso á discusion la declaracion de que el concilio general estaba por encima del Papa y no podia ser disuelto por éste. A pesar de todo, Juan XXIII ejecutó su plan y abandonó la ciudad al anochecer del 20 de marzo de 1415 bajo el disfraz de un simple viajero, acompañado de un solo criado, mientras el duque de Austria estaba distrayendo la atencion